

# VERDAD CRISTIANA, ESCUELA Y MISION

Tres puntos para una meditación cristiana  
sobre el mundo de la escuela

J. G. CARRASCO.

## I

### UNA HISTORIA CONCILIAR

La declaración sobre la educación cristiana ha sido un poco la cenicienta de los documentos conciliares. Toda la cristiandad se encuentra agitada, buscando nuevos cauces a la pastoral y nuevas formulaciones para la verdad cristiana que sean comprendidas del hombre de nuestro tiempo. Pero la agitación se convierte en abierta disputa cuando se trata del tema libertad escolar. En la discusión se comprometen los Estados con todo el aparato gubernamental y la Iglesia con toda la fuerza de su autoridad moral. Cuando la disputa se enciende, aparecen sombras chinescas que desfiguran a uno y otra, convirtiendo en lucha de intereses de autonomía lo que en su origen y por la naturaleza de las cosas debía ser colaboración pacífica a partir del verdadero porqué y para qué de la existencia de la escuela en el mundo.

Los primeros pasos de los trabajos conciliares se distinguieron precisamente por este ambiente de casi desconfianza. La Iglesia veía en su pastoral escolar la lucha contra el monopolio del Estado y la encarnación de las libertades ciudadanas. Incluso se llegó a afirmar, simplificando más allá de lo conveniente, que

para hacer más fácil el texto de la declaración, se llamaría escuela cristiana a la escuela institucionalmente fundada y regida por cristianos y públicamente reconocida como dependiente en lo jurídico de la Jerarquía. La escuela del estado, las demás, se las puede considerar como laicas. Con ello se introducirá un dualismo excesivo en el terreno de los principios, por más que los hechos parezcan apoyar la teoría.

En refuerzo de esta posición, se presentaba la misión de la Iglesia en la escuela como derivada inmediatamente del mandato de Cristo: Id y enseñad a todas las naciones. Por la simple aproximación del «docete» a la docencia escolar, y dado que la misión de evangelización es propia y particular de la Iglesia, la escuela para la misión de Iglesia no podía tener otra figura externa que la de la independencia del estado en lo jurídico. La escuela cristiana nace, para los autores de las primeras redacciones, de la misión evangelizadora de la Iglesia y como decimos es genuina, es sólo de Ella. Los niños que viven y crecen en ambiente escolar diferente, viven y crecen en cierto modo en la gentilidad. Es preciso tomar medidas pastorales que subsanen esas anomalías.

Pero decimos que así fueron los primeros pasos de la declaración sobre la educación cristiana. En parte justificados dado que para tener una idea clara de los problemas y sobre todo de los escolares no basta ser entendido en teología o en derecho. Sobre todo es necesario haber sentido en la propia vida durante mucho tiempo la obra de la educación.

Sin embargo, los Hermanos laicales y los cristianos seculares tomaban parte activa en los trabajos conciliares de manera discretísima. Por eso cuando en 1964 se presentó a los Padres conciliares el texto de la declaración que había elaborado la comisión fueron bastantes las voces que reclamaron sobre la insuficiente maduración del mismo. Algunas de estas voces nos son particularmente conocidas: El Padre Hoffer y el Hno. Nicet-Joseph. El primero superior General de los Marianistas, y en tal calidad Padre conciliar y miembro de la Comisión teológica para la elaboración del documento. El segundo, asistía a las sesiones conciliares en calidad de experto. La reclamación tuvo lugar en el mes de noviembre y el tiempo apto para la presentación de «modi», se cerraba el 31 de diciembre de 1964. Había que traba-

jar duro. En tan poco tiempo, se pidió parecer a Hermanos de diferentes procedencias residentes en Roma y fuera de Italia. La respuesta fue generosa y responsable. Incluso los Superiores mayores de los Hnos. Laicales residentes en Roma lo trataron en sus Consejos.

Por más que hasta el presente, ni una sola de cuantas recensiones o comentarios a la declaración sobre la educación cristiana, haya hecho referencia a la magnífica contribución de los Hermanos laicales, va siendo hora de hacerles justicia. Nótese bien que cuando los Hermanos intervienen, el texto conciliar ha sido aprobado ya en el aula. No estaba permitido sino hacer los pequeños retoques, muchos de ellos cambios en la redacción, que solicitaban los «modi». Cuando apareció la nueva redacción... muchos quedaron estupefactos, aquello no era un esquema retocado sino un esquema completamente diferente, de nueva línea. Se defendió el nuevo texto apoyándose lo más posible en los «modi» mismos y ...fue aprobado.

Ha sido un caso insólito entre los textos conciliares. No ha habido otro, que en tan poco tiempo y a tan corta distancia de la aprobación definitiva, haya dado paso tan grande hacia adelante. Sobre todo que dada la complejidad de los problemas que se estudiaban, los miembros de la comisión habían comenzado a consolarse con que desde el proemio se había prometido una comisión postconciliar que desarrollaría en la línea del Vaticano II los principios que tan sólo se esbozaban en la declaración.

Aparecido el documento, la mayor parte de las críticas, fueron en seguida a buscar la solución al problema espinoso: La cuestión del monopolio jurídico. Los espíritus estaban bastante monopolizados por este monopolio. Y sí, muchos quedaron decepcionados. Los problemas de derecho quedaban en muy segundo lugar. Los problemas de libertad religiosa y laicidad en la escuela tan sólo se esbozaban. A las relaciones entre la Iglesia y el mundo había alusiones. La catequesis, una sola mención. San Mateo desapareció y con él su famoso texto «euntes docete...». ¿Dónde está el pensamiento de la Iglesia en materia de Educación?

Una cosa era clara para quienes estaban tradicionalmente anegados por la escuela cristiana, para maestros y educadores de profesión. La escuela cristiana no tiene un estatuto teológico

propio. Por lo que no puede tener un documento que sea carta magna, donde aparezca en toda su grandeza de fines y cometidos, sin que esta carta no coincida con el conjunto de las constituciones y decretos del Concilio Vaticano II. La escuela se encuentra precisamente en la encrucijada de las fuerzas de Iglesia y de las fuerzas del mundo. En ella los niños aprenden a conocerse a sí mismos y a reconocerse miembros de la comunidad humana y como tales «creerse» hijos de Dios regenerados por el bautismo con misión de fermento cristiano en la vida social.

### LA PERSPECTIVA QUE ENRIQUECE Y PURIFICA

¿Cuáles son entonces las características del nuevo documento, del definitivo?

A tres fundamentalmente las vamos a reducir aquí: La primera se podía formular diciendo que el concilio ha sentido con particular intensidad y matices peculiares el principio tradicional, universalmente reconocido de los derechos de todo hombre a la educación.

La segunda coincide con la nueva fórmula para expresar la misión de la Iglesia. Nueva en la historia de la redacción del documento a que nos hemos referido y que fue gestándose con lentitud y timidez: «Misión de evangelización y de instauración de todo en Cristo».

La tercera característica coincide en la mayor apertura a definir cuál es el constitutivo formal de la cristiandad de la escuela: cuándo una escuela merece el título de cristiana. Se reasumen los criterios que desde la «Divini illius Magistri» venía la Iglesia proclamando pero con armónicos que nos acercan más a la «Gaudium et Spes» que a aquellos documentos.

Pasemos revista, pues, a estas tres características, dentro de los límites de este breve artículo y en un tono más bien confidencial que técnico.

a) Los peritos estuvieron buscando durante mucho tiempo la entrada en materia. Quería manifestar que la Iglesia al reflexionar sobre estos problemas tiene en cuenta el factor fundamental que individualiza las reflexiones, los signos de los tiempos, porque nada verdaderamente humano deja de tener eco en

el corazón cristiano. Se pensó en hablar de explosión demográfica, lucha contra el analfabetismo, influencia de la ignorancia en el subdesarrollo y en el hambre y la disminución social de los pueblos... De todas estas constataciones, una resistió el trabajo de «condensación» y de resumen, para no alargar el documento. El signo más importante de nuestra época es la acentuada conciencia que cada hombre adquiere de su propia dignidad y el afán incoercible de manifestarla con capacidad conocida, en la contribución eficaz a la construcción de la ciudad terrestre. Desde niños se alimenta una como hipersensibilidad ante la injusticia.

La Iglesia ha hecho acto de fe en esa dignidad.

Precisamente la magnitud de esta como «dignidad humana» es la que a lo largo de la Historia va dejando la huella del paso del hombre por el mundo. Los propios límites de una vida encerrada entre el nacer y la muerte, el hombre intenta trascenderlos en la «obra», en el carácter permanente de las sucesivas victorias del hombre sobre los secretos de la salvación. La conquista la realizó el hombre en Cristo y de aquel hecho salvador intenta vivir el cristiano con un solo sentimiento, el de plenitud de los tiempos, desde la Encarnación a la Parusía. Por lo mismo cuando un hombre entra en la vida, abraza el pasado, engendra el presente, y se proyecta hacia el futuro, sumándose a la línea que desde tiempos inmemoriales unió la vida de innumerables hombres, en la institución sagrada y espiritual que son las tradiciones patrias. La dignidad del hombre, es un querer ser digno en su tierra. El concilio añade que también es necesario abrirse a lo universal. Con ello no se altera un ápice la doctrina, antes bien asegura que una de las constantes de todos los pueblos de la tierra, porque es una constante del espíritu humano, es la santa ambición de nombrar la propia tierra señalando el universo y vivir con todos los hombres abrazando en todo momento al hermano.

Tal vez sea el momento de copiar los textos más expresivos de la declaración a este respecto.

«...en las circunstancias actuales... los hombres mucho más conscientes de su propia dignidad y deber, desean participar cada vez más activamente en la vida social y sobre todo económica y política» (proemio).

Un poco más adelante completa el concilio:

«Todos los hombres, de cualquier raza, condición y edad, en cuanto participantes de la dignidad de la persona, tienen el derecho inalienable a una educación, que responda al propio fin, al propio carácter, al diferente sexo, y que sea conforme a la cultura y a las tradiciones patrias», y, al mismo tiempo, está abierta a las relaciones fraternas con otros pueblos a fin de fomentar en la tierra la verdadera unidad y la paz» (n. 1).

b) La Iglesia responde con fidelidad a esta llamada del hombre —y con ello entramos en la segunda característica del documento—. En las primeras redacciones como hemos dicho se hacía referencia únicamente al pasaje de Mateo 28, 18. Se justificaba la presencia en el campo escolar únicamente a partir de la misión de evangelización:

Pero el hombre no entra en la Vida eterna de un empujón, sino que existe continuidad entre el cómo se aceptaron los modos concretos de ser el mundo y los hombres, la manera cómo se presenta la vida con sus preocupaciones y sus alegrías... prestando cuerpo a la Historia de la Salvación; y el contemplar por toda la eternidad el verdadero rostro de Dios que en la tierra nos esforzamos por descubrir en el espejo y el enigma de las cosas creadas. Por eso podemos afirmar que el sentido de la vida del hombre, su orientación, como donación al mundo y a los demás como contributo, efímero, sí, al bien común, es en el aspecto dinámico el *verdadero sujeto de la salvación de Cristo*. Por eso la Iglesia debe definirse tanto como misión de conversión, que *como presencia de servicio* y de contribuyente a través del fiel cristiano al proceso histórico natural. De ahí que no sea suficiente hablar de *ministerio de la palabra*, ni siquiera de *ministerio sacramental*, para justificar la misión educativa de la Iglesia, y mucho menos para describirla adecuadamente. En sana teología, tanto el *ministerio de la Palabra* como el *sacramental* son funciones de mediación cuyo efecto definitivo consiste en construir «el hombre nuevo» del que no son —si se los define estrictamente—, los únicos artífices.

Este mismo principio que pudiéramos llamar de recapitulación de toda la economía en el instante salvífico presente, por el que la presencia del misterio salvador toma cuerpo del hic et nunc, termina de realizar la voluntad de institución y de envío de la Iglesia, como acto de la capacidad de transfiguración del

universo que posee la gracia cristiana. Y si como hemos visto la gracia no es sino la constitución de nuestra alma, de la esencia misma del alma, como término de un efecto temporal en y por el que termina, en mí y en el tiempo, la eterna procesión de las Personas divinas..., la Iglesia sacramento de salvación, se identifica con la encarnación, con el término de la «re-generación del universo y de los hombres en Cristo. También la Iglesia, en nuestro hic et nunc, se puede definir, como la terminal de un proceso de transfiguración, en el que nosotros y por nosotros todo, somos y vivimos como Hijos de Dios, por el deseo expreso de Cristo.

— Consiguientemente podemos concluir que en la misión de la Iglesia existen en el fondo *dos facetas a considerar*, desde las cuales se puede igualmente delimitar y definir la actividad de la Iglesia en el mundo. La primera es la obra de evangelización y proclamación de la palabra, por la misma naturaleza del hecho. «Fides ex auditu». La segunda, también puede ser descrita en términos de proclamación, de testimonio, pero se refiere al vivir mismo del hombre, restaurado en Cristo como vivir de cristiano, que nos aparece como un acontecimiento y una revela Iglesia...

— Otra conclusión inmediata es la siguiente: Si la Iglesia tiene misión instauradora del mundo, esta misión la obliga a la presencia en el campo escolar con más urgencia que la consideración tradicional de una sociedad perfecta frente al Estado con derecho a la educación de sus súbditos. Porque en primer lugar la doctrina del «instaurare omnia in Christo», no enfrenta las dos ciudades, Iglesia y sociedad; no existe hoy sino una morada: la tierra. En segundo lugar porque esa doctrina no pretende decir solamente un aspecto de la Iglesia sino que se sitúa en la raíz misma de su modo de ser, como un asomarse a los bordes del costado de Cristo y desde allí verla nacer.

Aquí está formulada la más íntima de las mediaciones. No se trata únicamente de prestar el sonido a la Palabra de Dios, se trata de dar cuerpo al Misterio mismo. Se trata de alcanzar lo que significa íntimamente que yo soy salvo en Cristo. Que Cristo es salvador en mí cuando a mí mismo me conozco en el cruce de un infinito número de relaciones y dominado por inquietudes tan profundas como la permanencia en el ser y el deseo crispado de ser en el mundo; cuando siento que mi vida se pasa en la

tarea de hacérmela trabajosamente, de manera absorbente; cuando veo que poco a poco puedo atribuirme el honor, otro tiempo exclusivo de los dioses, de tener planes sobre el mundo; cuando compruebo que las obras de misericordia, aunque nacieran por iniciativa cristiana, que nacieron por caridad, compruebo que puedo llevarlas a cabo como obras sociales y por justicia entre los pueblos; cuando experimento el vértigo de algo «que he hecho yo»; cuando la imperfección de mi obra sin Dios no me conmueve pues compruebo que ser imperfecto es de todo lo humano, que por lo tanto de todos los sectores de la vida, incluso del religioso han salido obras imperfectas; cuando siento incoerciblemente por todas las bocas de mi cuerpo la petición de ser lo que quieren con vibración muy semejante a la atribuible al *creced y multiplicaos*, del mandato divino, y que, sin embargo, es puro instinto.

La presencia de estas consideraciones tan habituales en el pensamiento contemporáneo fue la causa de los innumerables tanteos que condujeron a la aparentemente inofensiva fórmula: «La Iglesia... para cumplir el mandato recibido de su fundador, a saber, el anunciar a todos los hombres el misterio divino de la salvación e instaurar todas las cosas en Cristo, le toca también una parte en el progreso y extensión de la educación» (Proemio, 3).

c) Entramos así en la tercera parte de estas reflexiones. Esta doctrina sobre la misión de la Iglesia comprometida en la escuela tiene repercusión en la catequesis escolar, en el mensaje que la escuela está destinada a proclamar y que solamente en ella agota sus posibilidades humanas de eficacia.

La declaración conciliar se refiere a ello en el número 8: «La nota distintiva de la escuela cristiana es crear un ambiente de la comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y caridad, ayudar a los adolescentes para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo según la nueva criatura que han sido hechos por el bautismo, y ordenar últimamente toda la cultura humana según el mensaje de salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de la vida, y del hombre».

## II

## MENSAJEROS DE LA VERDAD DEL HOMBRE

«Un día de mi juventud, que se pasó en gran parte, en la soledad ribereña de los arenales de Padma, desperté a la llamada del alma de mi tierra, y me sentí llevado a dedicar mi vida al fomento del propósito que está escondido en el corazón de su Historia»... ..«Es una muerte absoluta irse de la existencia sin haberse compenetrado con la Verdad Eterna de la vida»... (RABINDRANAZ TAGORE, *Escuela*, Obras escogidas, pp. 1230-1231).

Es la confesión de un espíritu sensible, que caracteriza al hombre con anterioridad a los distintivos de raza o de cultura. Manifiesta el valor puro del espíritu, el Damasco, de las grandes almas. La verdad íntima del mundo, el hombre, la vida, tiene un momento en que se desvela con particular fuerza, es necesario ser fiel, porque en ese preciso momento tomamos, al mismo tiempo, conciencia de nuestra propia dignidad y de una misión que cumplir entre los hombres, conciencia de un ideal de servicio.

La confidencia más enternecedora que ha tenido la Iglesia en estos últimos tiempos, en que por todas partes se levantan voces de mal augurio, voces ateas, voces materializadas y tecnicizadas hasta la médula, voces babeando especulación sobre las vidas humanas... voces de hambre, de necesidad, de ignorancia, está encerrada en las primeras palabras de la Constitución «Gaudium et Spes»: «nada de cuanto sea verdaderamente humano deja de resonar en el corazón de los buenos cristianos». Estábamos acostumbrados a juzgar nuestra ortodoxia únicamente por el número de artículos del Credo que respetábamos. Hoy la Iglesia nos dice que si no sentimos el hombre, el mundo, la vida, a nuestra fe le falta un cuerpo.

Por esto cuando en la Declaración sobre la educación cristiana, donde se define el porqué y el grado de la Presencia de la Iglesia en la obra de entregar a la sociedad un nuevo miembro consciente de su propia dignidad y capacitado para contribuir eficazmente en su desarrollo, dice desde el primer momento:

«Todos los hombres, de cualquier raza, condición, y edad, en cuanto participantes de la dignidad de la persona, tienen el derecho inalienable a una educación, que responda al propio fin, al propio carácter, al diferente sexo, y que sea conforme a la cultura y a las relaciones fraternas con otros pueblos a fin de fomentar en la tierra la verdadera unidad y la paz» (n. 1). Y más adelante en la cumbre doctrinal del documento, cuando se define el constitutivo formal, la característica fundamental, lo propio, de la escuela cristiana dirá: «Su nota distintiva es crear un ambiente en la comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y caridad... y ordenar en definitiva toda la cultura humana según el mensaje de salvación, de tal manera que el progresivo conocimiento que los alumnos adquieren del mundo, la vida, el hombre, quede iluminado por la fe» (n. 8, 1).

El concilio sabe que si la educación es algo lo es *en* la vida del hombre. La educación no es nada fuera de la realidad de un hombre que madura. Es el hombre quien exige, posibilita, realiza y cualifica el proceso. El perfeccionamiento de las facultades específicas es en última instancia la meta suprema, el justificante definitivo, y hasta el principio normativo de cuanto se emprende para beneficiar al sujeto educando. Ahora bien, operaciones específicamente humanas son el conocimiento y el amor. Por ellas, el hombre, no solamente alcanza la bruta realidad, que está ahí sin haberlo él preferido, sino que se percibe a sí mismo situado entre las cosas, con deseos que testimonian una misión de «hacer» historia en el mundo en «colaboración» con quienes fueron principio humano de la vida, no sólo principio biológico, y que ahora son también co-principios de la faceta social de su existencia. Por eso incluso en lo que tiene de inmanente la acción de conocer, se manifiesta bipolar: conocimiento de y para la propia dignidad y conocimiento de y para el propio «oficio».

El ideal educativo también realiza la polaridad en el sentido de un perfeccionamiento de facultades que posibilita el *saberse digno* del hombre y al mismo tiempo «capacidad de contribución a la magnífica tarea que todo hombre trae al mundo por el mero hecho de ser inteligente y libre: tarea de contribución, de *historicidad*; tarea de «definición», tomar conciencia del cosmos por entendimiento y manifestar así el dominio que le corresponde como «don» del acto creador que le situó alto en la jerarquía de

los seres; tarea en tercer lugar, de *consagración* en lo religioso. Tarea, esta última, que en cierto modo sintetiza las otras y las proyecta. Lo religioso, como misión humana, no se yuxtapone, no tiene ni tiempo ni lugar propios. Su tiempo es el de la construcción y el de la definición que al proyectarlas hacia Dios re-construye y re-define todo en función de la participación en Dios que el mundo realiza siendo y que el hombre recibe en Cristo por Gracia. Esta re-construcción y re-definición, específicamente humana, es el principio de la gloria formal que el hombre, rey de la creación, debe a Dios como criatura.

Los educadores cristianos, somos los embajadores de Dios y de la Iglesia ante el mundo. La buena nueva que estamos dedicados a transmitir es precisamente la idea que del mundo, la vida, el hombre, tiene la Iglesia, la verdad del evangelio.

## MENSAJEROS DE LA VERDAD CRISTIANA

¿Cómo es esta verdad?

«Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad (Ef. 1, 9), mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo...» (D.V., n. 2, 1). Así dice en su segundo párrafo la Constitución sobre la divina Revelación. Si unimos los términos «revelarse a sí mismo», «por Cristo», en Cristo (que aparece líneas más abajo)... no es la fórmula descriptiva sino la Persona misma quien es la verdad cristiana. Persona no su esencia metafísica, o cualquier otra abstracta consideración, sino el «apparuit», la Persona de Cristo que habitó entre nosotros.

Solamente existe revelación cuando realmente el hombre pueda decir en verdad que Dios se le ha des-velado. Para el documento conciliar, esta revelación se realizó por el habitó entre nosotros; pero ciertamente que no se trata de algo hecho una vez por todas. Si la Iglesia no tiene experiencia de «vida de Cristo» en el mundo, ¿cómo podrá auténticamente proclamar con fidelidad su Misterio?

Desde el punto de vista de la Revelación, la época apostólica se caracterizó por el «in Christo», en la misma vida de Cristo,

en su pasar entre los hombres sincronizado, e identificado al vivir humano, ellos vieron, oyeron y tuvieron la vida eterna. Ahora, toda la corporeidad del «habitabit», la suministra la Iglesia misma, los fieles y la historia del mundo. Como los apóstoles la Iglesia interroga: ¿Maestro, dónde habitas?, pero la respuesta es «in mysterio». La identidad, única y definitiva de la Revelación «per Christum», permanece caracterizando la época que en El empieza y en El termina, la época de la plenitud de los tiempos, nuestra época. El es el «alfa» y la «omega». El factor cronome-trable es el hombre él solamente pasa; no en una sucesión lineal que de Cristo nos lleve a otra parte, sino como un nuevo eterno retorno que gira alrededor de la Pascua. Un evolucionar del hombre en el seno de la Presencia. El gesto vivo de Cristo, el ruido de sus pasos, sus palabras, nos los relatan los libros sagrados, pero para nosotros, hoy, son revelación en el gesto vivo, ruido institucional... de la Iglesia. Esta re-desvelación, para nosotros, del Kerigma que recibieron los apóstoles forma parte de la obra encomendada al «Espíritu de verdad». Tanto para los apóstoles como para nosotros la Revelación es obra de Dios per Christum pero la época apostólica se caracteriza además por el «in Christo», en tanto que la nuestra la caracteriza el milagro de Pentecostés, el «in Spíritu».

La voz de los profetas es puente de esperanza y proyección anhelante de la humanidad entera porque la Promesa jurada del Mesías, retiene y agosta los mitos idolátricos, dejando libre la sed de sabiduría y verdad propia del hombre. «Es la experiencia de las relaciones humanas, donde la palabra ocupa un lugar primordial, lo que ha llevado a Israel a llamar palabra la desvelación de Dios al hombre en la naturaleza y en la Historia. Ninguna figura ciertamente mejor adaptada, dado que en el diálogo verdadero, sobre el contenido de la comunicación y la invitación a responder que se hace al interlocutor, se sitúa la apertura de sí mismo, el decirse a sí mismo, el revelarse a sí mismo, el entregarse a sí mismo. Para la epístola a los efesios, la entrega hasta la fusión en una sola carne, es la figura de las relaciones entre Cristo y la Iglesia, es decir, del «religioso escuchar la Palabra de Dios»; la fidelidad será por lo mismo la nota fundamental de la proclamación.

La verdad cristiana es dinámica, la constituye la identidad

entre el «vino» y «habitó» de Jesús, y el «voy al Padre» y la percepción de la Obra de Cristo en la vida cristiana. La facultad que está en juego no es la inteligencia sino el «sensus fidei», un quinto sentido de fe. De aquí que la Iglesia por el Espíritu se desarrolle —como creció en edad y gracia y sabiduría ante Dios y ante los hombres su Maestro; porque el Misterio de Cristo penetra con su virtualidad infinita, la perenne novedad que para cada hombre presenta la vida como experiencia y a la novedad que persigue todo hombre con su actividad en el mundo como deseo incoercible de saberse hasta el límite.

El pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el Universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia de los planes de Dios (G. et S., n. 11). Los verdaderos signos de los tiempos.

La toma de conciencia, la contemplación de la realidad misteriosa del acontecimiento es el acto en el que se «administra» la verdad del mismo. Pero en la confección del signo, la elaboración del acontecimiento mismo, Dios acepta gratuitamente el que el hombre le dé cuerpo.

## MENSAJEROS CON LA PALABRA DEL SERVICIO

Esta es la razón profunda de la existencia de la escuela cristiana. Trabajar por la verdad de los signos humanos, por la pureza de las realidades humanas significantes de la Providencia divina y de su plan de salvación en la humanidad, no es obra de misericordia, concebida en régimen de suplencia, sino misión de la Iglesia en cuanto coincide con una auténtica pedagogía de la fe. «...Lo hecho por los hombres, se une al don de Dios, de tal suerte, que el don es vivido por aquellos a los que ha sido destinado...». En la obra humana, en cada obra humana se puede llevar a cabo un re-comienzo del único Misterio. Esta es la Verdad que por la escuela trata de difundir el educador cristiano. Digamos en seguida que es entre las obras de la Iglesia, donde más ambigua es la tarea. Porque se trata de hacer descubrir el Misterio al mismo tiempo que se inicia en la construcción de la

ciudad terrena que por tantos capítulos es un contratestimonio a un mensaje de Paz y Unidad en Cristo.

Si de alguna manera hubiéramos de resumir lo que hemos dicho hasta ahora, diríamos que hemos descrito la Verdad de Dios en Cristo; la Verdad de la Iglesia en el Espíritu. No nos queda sino dar una idea sobre la Verdad del hombre en la Escuela.

La Declaración sobre la educación cristiana empieza así: «El santo concilio ecuménico considera atentamente la importancia decisiva de la educación en la vida del hombre...». El término vida resume todos los niveles en los que la persona humana es comprensible, incluso los metafísicos. Es un valor estar en la vida, cumplir las funciones bio-fisiológicas del ser vivo. Pero para el hombre dotado de espíritu, el estar viviendo de los seres, y su mismo vivir adquieren una dimensión del todo nueva que corresponde adecuadamente al salto desde la materia al alma: la expresividad. El misterio del espíritu que reflexiona tiene su cumbre en el acto por el que se reconoce ser-en-el-mundo, conciencia de aceptado, de recibido, de comunidad, y conciencia de contribuidor. Como recibido ocupa un lugar y recibe un patrimonio; en cuanto contribuyente, aporta su propio valor personal. Cuando el hombre satisfaga ambas exigencias y en la misma medida que las satisface «expresa y cumple su propia dignidad».

La escuela tiene, pues, dos funciones distintas que realizar: enseñar a los alumnos a leer en la comunidad humana y en las cosas la imagen bíblica de un pueblo que peregrina en la tierra en busca de la nueva Jerusalem construida sobre cielos nuevos y tierra nueva; de otro lado enseña a los alumnos a imprimir, tanto a la comunidad humana como al mundo de las instituciones, el emblema del peregrino, que los oriente. Que tanto los hombres como las instituciones en los porqués de sus actuaciones tengan un norte claro que empieza en la fe, vive en el amor, y termina en esperanza.

Para los cristianos la doble función de la escuela cristiana se expresa en términos muy concretos, se trata de orientar los conocimientos que los niños van progresivamente adquiriendo del mundo la vida, el hombre, hacia la fe en Cristo, para que luego y desde ahora en su propia escala, su contribución a la

ciudad terrena tenga el signo del servicio y testimonio cristiano de la caridad.

Para los que no son todavía cristianos, la apertura a los valores del universo y de los hombres, con horizontes dilatados trata de convertir en realidad aquella afirmación del decreto sobre las misiones, de que la obra del Espíritu se adelantó en muchos corazones a la acción definitiva de la fe en el evangelio.

Y tanto en unos como en otros, la Iglesia reconocerá al educado en sus aulas cuando éste, en los hombres de cualquiera de los sectores de la producción, del saber... o en aquellos disminuidos física o psicológicamente, en los que la sociedad no percibe sino la llamada de la misericordia, tiene la experiencia, al menos confusa, de sentir el problema humano o total, con sus tonos de luz y de sombra; en segundo lugar, los reconocerá, cuando desde cualquiera de los sectores de contribución social en los que pueden estar inmersos se perciben a sí mismos como ministros de la dignidad humana total y del servicio al hombre.

Cuando la escuela no puede proclamar el evangelio explícitamente, incluso cuando el testimonio cristiano no puede subir a los tejados y hablar en idiomas múltiples, todavía le queda al cristiano el mensaje humilde de custodiar al hombre que madura en las escuelas y enseñarle a dominar el mundo en un ambiente de libertad y caridad, esforzándose por el respeto y la entrega desinteresada para que sea el corazón mismo del hombre el que llame a la transcendencia, invoque al Espíritu, que suelte su lengua, abra sus oídos y pueda escuchar el maravilloso canto que la Iglesia enseña al mundo: Gloria a Dios y paz a los pueblos de buena voluntad. Una Iglesia que debe vivir alentando el alma de las tradiciones patrias, esos ingentes depósitos de espiritualidad en los que a lo largo de la Historia el hombre fue almacenando los particulares hallazgos, que Dios le reservó entre las infinitas posibilidades del espíritu en el mundo. Cada pueblo cuando invoca a Dios, acto en el que se condensa lo mejor de sus conquistas, emplea matices irrepetibles que reproducen las características de su alma.

Esta es en definitiva la verdad que transmitimos en la escuela cristiana: la verdad del mundo, la vida, el hombre que la tradición de este pueblo ha heredado y la que contribuimos a enriquecer con nuevos armónicos de perspectivas universales de

forma que cada vez con mayor fidelidad, la expresión en todos los órdenes de la vida que caracteriza al mundo de hoy, se convierte en el canto final del apocalipsis: Ven, Señor Jesús.

### III

#### COMO ES MISIONERA LA IGLESIA

Entre las pequeñas mejoras que se introdujeron en el esquema conciliar sobre las misiones, una de ellas ha sido la explícita alusión a la obra escolar. El defensor fue el obispo belga Monseñor José Guffens, 12 de octubre de 1965. Según las crónicas del «Osservatore Romano», el obispo se quejaba de una alusión tan breve a la escuela, cuando ha revestido y reviste aún hoy un papel de primer plano en la acción misionera de la Iglesia, dijo. La escuela es como el laboratorio del Espíritu. Es necesario subrayar la contribución dada con competencia y fidelidad por las misiones y por las escuelas a la promoción de las nuevas generaciones.

Se le hizo caso. No se redactó un capítulo especial, se trata de una simple referencia, que a un tiempo nos proyecta hacia la declaración sobre la educación cristiana y hacia la constitución «Gaudium et Spes», sobre las relaciones entre Iglesia y mundo contemporáneo.

El texto a que nos referimos es el siguiente: «Trabajen los fieles cristianos y colaboren con los demás hombres en la recta ordenación de los asuntos económicos y sociales. Entréguese, con especial cuidado, a la educación de los niños y adolescentes por medio de las escuelas de todo género, que hay que considerar no sólo como medio extraordinario para formar y atender a la juventud cristiana, sino como servicio de gran valor a los hombres, sobre todo de las naciones en vías de desarrollo, para elevar la dignidad humana y para preparar condiciones de vida más favorables» (n. 12, 2).

El párrafo es perfectamente paralelo de aquel otro de la «Gravissimum educationis momentum»: «El sagrado Concilio declara que la función de estos maestros es verdadero apostolado,

muy conveniente y necesario también en nuestros tiempos, constituyendo a la vez un verdadero servicio prestado a la sociedad» (n. 8, 3).

Comparando uno con otro se cae en seguida en la cuenta que el concepto de servicio se refiere al mejoramiento de las condiciones de vida en lo social. Existe también un servicio humano favoreciendo la aparición del hombre en el mundo con toda su dignidad. Pero también se utiliza el término apostolado, «*veri nominis apostolatium*», apostolado en sentido propio. Es claro que se refiere en primer lugar a la «formación y atención a la juventud cristiana», o lo que es lo mismo al ejercicio de aquellas funciones que fomentan o cultivan la cristiandad de la vida, aquellas notas que desde lo más íntimo, desde el bautismo, definen al miembro de la Iglesia.

La pregunta nuestra es la siguiente. Visto que la escuela es una sola realidad, ¿la obra que en ella se lleva a cabo es apostolado en sentido propio? En otras palabras. El favorecimiento para que el hombre se manifieste en el mundo en toda su dignidad, la preparación de mejores condiciones de vida, en definitiva la contribución a la elevación del nivel de desarrollo entre los pueblos, ¿se sitúa en el interior de la acción apostólica; o solamente la evangelización propiamente dicha constituye el corazón y el cuerpo de la acción misionera de la Iglesia, quedando todo lo demás en los suburbios?

La respuesta, para nosotros, Educadores, es sencillísima, si nos acordamos de las palabras de un fundador, educador de prestigio, San Juan Bautista de La Salle: «No hagáis distinción entre el negocio de vuestra salvación y los deberes de vuestro estado». Seremos humildes educadores, pero una vida gastada al sol y a la sombra de la escuela, da la experiencia, el profundo sentimiento, de que «toda la escuela» es nuestro campo de apostolado, y «todo lo escolar», en nosotros, es acción misionera.

#### AUNQUE LOS TEOLOGOS NO VIERON CLARO DESDE EL PRINCIPIO

Los teólogos, no han visto tan claro desde el primer momento. La preocupación por la teología de las misiones empieza en

el primer cuarto del siglo xx. El primer catedrático de «Misiología» fue Schmidlin en Münster. Para este autor y muchos de sus continuadores, el principio del pensamiento misionero se encuentra en la afirmación de San Pablo: «Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad». Se insistía sobre todo en el «que se salven», para muchos esto era lo mismo que decir que la acción misionera era trabajo de «última hora», «preparación de pasaportes» para la eternidad. Lo verdaderamente definitivo, era lo único importante. Puede que haya en el interior de estas reflexiones un pequeño error: confundir la obra de salvación de la Iglesia con una cuestión de «empujones afortunados» en el momento decisivo. Si esta manera de proceder fuera la más expedita y eficaz para salvar las almas, es tan sincera la voluntad salvífica de Cristo, que la habría adoptado. Pero Cristo fundó la Iglesia. Quiere que los hombres tengan el corazón cerca de Dios, cuando el corazón late con mayor vitalidad. Se detuvo pacientemente en «dar cumplimiento a la ley y los profetas»... ¡Cuántas veces no salió de su boca... «ellos dijeron, yo en cambio os digo!

Pablo que entendió como ninguno el mensaje de Cristo, llama Iglesia al pueblo cristiano en general, a la comunidad que habita la misma tierra y defiende las mismas tradiciones patrias, a la célula comunitaria que vive bajo el mismo techo. Todo ello porque el vivir cristiano es vivir de Iglesia y el vivir de Iglesia no puede ser otro que el vivir humano, el vivir patrio, el vivir familiar, cuando en ello cada hombre busca encontrar a Cristo.

Y, sí; también salieron teólogos en defensa de esta actitud. Ellos hablaban de «implantación de la Iglesia» como esencia de la acción misionera. No basta salvar el alma, si por salvación entendemos poner el primer pie en el seno de Abraham, o si por alma entendemos únicamente, aquella parte de nosotros mismos que se ha de separar del resto depositado en custodia a la tierra hasta el fin del mundo.

El P. Henri de Lubac, internacionalmente reconocida su competencia teológica, dice a este propósito que la salvación del alma es el término donde debe concluir *espontáneamente* la actividad de la Iglesia.

Con mucha más fuerza, el P. Charles, clásico en la doctrina misiológica, dice: «La Iglesia es más y menos que la salvación

de las almas; es el sacramento del mundo, la forma de adoración de todo el universo, el rendez-vous de toda la creación restituida al Verbo de la que ella es la obra; y para decirlo todo con una palabra evangélica: El Reino de Dios. Hay en la misión de la Iglesia en el mundo, funciones que no están explícitas en el pasaje de Mateo, «id y enseñad a todas las gentes...», y que para sacarlas a luz no basta acudir a los lugares paralelos, es necesario desplegar toda la Sagrada Escritura y desde el Antiguo Testamento hasta el Nuevo, encontrar cuáles son las líneas de fuerza, las actitudes, como otras tantas maneras de enseñar, del justo, el profeta, el evangelista, Pablo... Cristo; para descubrir esos otros mensajes, inabarcables en un concepto que no sea siempre ambiguo. El Padre Charles creyó encontrar la idea que más fielmente reproduce la Misión misionera de la Iglesia, disculpen por esta vez la cacofonía, afirmando que se trataba de «misión de implantación de la Iglesia».

«Implantación de la Iglesia», supone no solamente constitución de una jerarquía, no basta con la formación de un núcleo de cristianos autóctonos, llenos de fervor proselitista... Implantación de la Iglesia coincide con la implantación del pueblo cristiano. Pueblo cristiano, es un calificativo complejo. Por decirlo con términos de la declaración sobre la educación cristiana, el pueblo cristiano nace cuando el hombre, el mundo, la vida, son iluminados por la fe en Cristo (n. 8).

La acción de la Iglesia en el mundo implica, por tanto, en el fondo un proceso de «eclesialización», proceso que avanza silenciosamente en la medida que avanza y progresa el mundo, el hombre, la Historia, la vida. La «Ad gentes», habla de una como anticipación del Espíritu Santo a la acción apostólica, como fuente de los sectores de verdad definitivamente adquiridos para el hombre, aún en el caso de que se haga cristiano. En este sentido se puede afirmar, con Freijo Balsebre, que, en la actual economía de la salvación, la vocación más profunda del mundo es la de transformarse transparentemente en Iglesia, llegar a ser reflejamente Iglesia, conscientemente Iglesia. Acto de conciencia que coincide con el acto de fe en la voluntad salvífica de Dios (desde dentro de sí mismos) y en la misión mediadora de la Iglesia.

Es decir, la Iglesia ha de sentirse comprometida en la tarea

de promoción del cosmos, del hombre, de la vida. Esta tarea de promoción del mundo ha de verificarse en la «Verdad, la Justicia, la Libertad, el Amor», y en ella el Pueblo de Dios se ha de desenvolver actuando en unión cada vez más estrecha con todos los hombres de buena voluntad.

También en la implantación de la Iglesia interviene la evangelización propiamente dicha. La Iglesia ha de esforzarse para que toda la Humanidad responsable se haga consciente del sentido profundo y último de la acción que realiza y en la que se realiza, puesto que lo que los hombres de buena voluntad hacen al promover la justicia y el amor a su alrededor, al descifrar y dominar las fuerzas de la naturaleza, etc., no es sólo construir un mundo mejor y más humano, sino incorporar definitivamente este mismo mundo a Cristo que lo ha de recapitular todo. A la educación de la Humanidad en esta nueva «consciencia de Cristo» es a lo que llamamos evangelización.

Como es fácil ver, «implantar la Iglesia», contiene toda la complejidad de la acción misionera, y sobre todo sitúa perfectamente el significado apostólico de la promoción cultural de sentido cristiano.

Poco tiempo después de la aparición de la Constitución dogmática «Lumen Gentium», que dedica un breve capítulo (17) a la Misión, salieron competentísimos comentarios al documento. En uno de ellos, un autor apreciado internacionalmente, especialista en cuestiones ecuménicas y por eso delegado por la Iglesia en la asamblea del Consejo Ecuménico de las Iglesias en Nueva Delhi 1961, el P. Guillou, rechaza positivamente la idea de «implantación de la Iglesia». El y otros se afirman a la luz del concilio Vaticano II en que la «obra de evangelización» en su sentido más estricto, agota la significación de la acción misionera. «Misión es una obra de predicación universal»... «Proclamación de salvación»... En este espíritu se redactó por primera vez el decreto «Ad Gentes». La ausencia de referencias a la escuela no era simplemente olvido, respondía a un criterio selectivo. La escuela representaba actividad eclesial de muy segundo orden, casi como algo que se reserva a los tiempos libres de la Iglesia misionera.

En cambio, la redacción definitiva del documento dice taxativamente: «El fin propio de la actividad misionera es la evan-

gelización y plantación de la Iglesia, en los pueblos o grupos en que todavía no está enraizada» (6, 3). Luego, la palabra plantación se emplea con relativa frecuencia. Como nota ilustrativa y curiosa, diremos que hace muy pocos años el P. Perbal, en una publicación difundidísima, hacía notar, no sin malicia, con relación a los términos de «implantación de la Iglesia» que tanto defendía el P. Charles, que en el siglo XVIII los calvinistas holandeses, gustaban escribir con títulos así: «Tractatus de Plantatione et de plantatoribus ecclesiarum». Se nos antoja una manera muy eufemística de lanzar un anatema.

#### NO ES TAN «PROFANO», AUNQUE LO PARECE

Volvamos un momento la cabeza atrás y recojamos de nuevo nuestro problema. Nosotros, Educadores cristianos, pudiéramos sentirnos excesivamente inmersos en una obra de progreso humano sin más sentido apostólico que el de nuestra buena intención. Sintiendo golpear en nuestros oídos, los calificativos de apostolado indirecto, de retaguardia, para nuestra acción por la escuela.

Todo este discurso que hemos traído tenía la sencilla intención de demostrar que también la declaración sobre la actividad misionera de la Iglesia tiene la misma perspectiva que la «Gaudium et Spes» y que la declaración «Gravissimum Educationis Momentum». Todo el concilio tiene la misma perspectiva. Mientras los textos se van perfilando, aquí o allá algún sector de vida cristiana se sentía olvidado, o lo que es peor incomprendido. Al fin sentimos cómo aún dentro de la brevedad de las alusiones a la escuela cristiana, casi una mirada del concilio, llevan toda la carga de un sentimiento de aceptación, de reconocimiento.

Cuando el concilio habla de implantación de la Iglesia debemos sentirnos llamados a colaboración. Tanto para el bien espiritual de nuestros alumnos como para la lozanía de nuestra vida espiritual es esto muy importante.

La Iglesia en la imaginación de los Padres, nace del corazón de Cristo. De la manera más dramática. Incluso algunos llegan a pintarla como un árbol que nace en el corazón y cuyas raíces se alimentan de sangre y agua. Desde que aquel corazón es glo-

riosos son los corazones de cristianos los que están destinados a alimentar las raíces del árbol que empezó grano de mostaza y que hoy alberga en sus ramas los pájaros del cielo. La Iglesia necesita hoy los corazones de todos, para nacer. El sacerdote alimenta con corazón sacramental. El corazón del educador cristiano debiera ser particularmente sensible a los aspectos más humanos de la vida cristiana. Aquellos que se hacen particularmente presentes en la obra escolar: Ignorancia, hambre, infradesarrollo, primitivismo, valores de culturas milenarias, adaptación de costumbres ancestrales a usos modernos en los que sufren los sentimientos más profundos que configuran infinidad de pueblos que nacen hoy... el primer contacto de la verdad revelada en Cristo con esos hombres, con esos pueblos. Son hombres y pueblos que oyen no sólo con sus tímpanos, sino sobre todo con los conceptos que de tiempos inmemoriales plasman su visión del universo y de la religión. La Iglesia debe plantarse y crecer en esa tierra. La obra de la Escuela cristiana, intentando ilustrar al hombre con la definición más exacta de las cosas y de las leyes que las rigen, iniciando en el dominio incluso técnico del universo, favoreciendo la complicación de las necesidades y el refinamiento de los gustos... no intenta destruir la fisonomía del país, purifica simplemente la idiosincrasia, de cuantas excrecencias por ser artificiales, infundadas, hasta míticas; por oponerse a la verdad de la naturaleza, en el fondo dificultan la verdadera imagen del hombre y con ello impiden un nivel elevado en la perfección del acto de fe.

En muchos casos la autenticidad de nuestra obra profana, nuestro acto de fe en el Dios presente que mueve el mecanismo de la Historia y las civilizaciones, y por esto nuestra dedicación sincera, desinteresada, total, debe ser un continuo reclamo en cuantos no creen para que nos formulen la pregunta ¿Por qué? Es el: «maestro, ¿dónde habitas?», del evangelio, en todos sus tipos. Desde el descarado y directo preguntar por Cristo, al del fariseo que de noche y con rodeos pretende discutir los mandamientos, hasta el tímido que se acerca por detrás para tocar con la amistad la orla de nuestros vestidos sin más requerimientos... Todos se han sentido impresionados por unos hombres que dejándolo todo, se han puesto a trabajar para otros, aún siendo impedidos por quienes están destinados a percibir los beneficios.

¿Por qué llamar apostolado a una acción que en muchos casos empieza, continúa y termina en régimen de profanidad?

También para nosotros la respuesta se nos antoja sencilla. Si la misión tiende a la plantación de la Iglesia y esta plantación es obra apostólica por excelencia; y si como hemos dicho la idea de plantación lleva consigo todos aquellos elementos que favorecen o aplican la fe a la vida; la escuela, que tiene por cometido ser el punto de confluencia de las finalidades transcendentales y de los empeños terrenos, realiza la conversión en su nivel, del hombre que en ella crece. La conversión tiene muchos niveles, siempre, hasta la muerte tiene nuestro espíritu zonas de gentilidad, donde la gracia cristiana no ha entrado con su transformación. Pues bien de todos esos niveles, según las posibilidades, se ocupa la escuela. En su grado más elemental, a través de una obra que trata con tal cuidado al mundo, la vida, el hombre, espera —con esperanza teológica— que en el momento en que los designios de Dios tienen señalados brote como una llama el deseo del bautismo.